¡EL HAMBRE!
Ramón de Cala

Anuario Republicano Federal (1870)
, páginas 130-133.

Las manifestaciones del hambre se repiten en España: dos se han hecho ya en Madrid solamente.
Triste sobre manera y desconsolador hasta romper todas las fibras del sentimiento humano, es el espectáculo de la clase trabajadora, diciendo a la sociedad que tiene hambre. Porque juntamente con esos hombres pálidos, desfallecidos, que clamorean la miseria en numerosa comitiva, se vislumbran otros seres, también hambrientos, allá en el escondite del apagado hogar, y aparecen a nuestra consideración los padres, las esposas y los niños inocentes, que empiezan a conocer el mundo por sus horribles miserias y a la sociedad por su indisculpable y feroz egoísmo.
Pero las manifestaciones del hambre no son en nuestros días la simple exposición de un hecho particular, no el descubrimiento de una miseria determinada que puede apreciarse y medirse, sino la expresión de un desorden económico permanente, que sale a la luz como una queja y como un remordimiento.

Al decir un necesitado de la comitiva que tiene hambre, dice a la vez que la tiene la clase trabajadora; expresando que la padece en aquel momento, quiere decir que los trabajadores la sufren todos los días, más o menos inclemente, pero siempre cierta y mortificadora; buscando una solución a la miseria en aquel lugar, da a entender que la miseria tiene sus soluciones; y por último, si a la frase de tengo hambre agrega la palabra trabajo, significa claramente que la miseria se produce por falta de productos y que es una aberración terrible que no haya producción cuando están de sobra las fuerzas para el trabajo.

En efecto: el desorden es extremado en las relaciones económicas del trabajo y del capital, que no viven armónica existencia de amigos, sino que riñen batallas interminables y trastornadas.

Rigorosamente el hambre se ha convertido ¡parecerá inconcebible! en uno de los resortes de la producción. Ella determina las paradas, fija el precio de los jornales y sirve de hecho, que se analiza y estima, para arreglar la oferta y la demanda.

El obrero huye de la ocupación que por darle poca utilidad lo sume en la miseria, e imagina para su hijo un oficio diferente, que elige entre muchos, guiado por la sola observación de que los que los ejercitan están soportando la situación o en la miseria.

El negociante se hace cargo de que la especulación que trae entre manos es mala cuando experimenta grandes trastornos; y por este medio solamente conoce que en la sociedad sobra el trabajo a que se aplica.

Se descubre que hay más albañiles, por ejemplo, que los que hacen falta cuando los obreros de este oficio paran frecuentemente, y vive en la miseria toda una generación de albañiles.

En una palabra: la hambre en los trabajadores, la ruina en los negociantes, la miseria con mil caras son los reguladores de la producción y del consumo.

Y a esto, sin embargo, se le llama un orden social; y los hombres claman contra las reformas, y sienten convulsiones cuando se les habla de otros sistemas más generosos, como si hubiera de perderse mucho, ensayando por cambiar de mecanismo que se mueve solamente por el hambre y la desesperación.

La verdad de esta observación triste aparece con las mismas manifestaciones del hambre.
Los ricos gozan, los poderes dormitan aletargados, la sociedad alegre se revuelca en el cenagal de los vicios, y todos, todos creen firmemente que el mundo marcha bien, que los negociantes prosperan, que los obreros trabajan felices y comen abundantemente; y no salen de su tranquila equivocación hasta que los hambrientos se echan a la calle y enseñan las irritadas heridas de la miseria.
El hambre no es un dolor pasajero, sino una enfermedad social permanente de la sociedad.
El desconcierto de los resortes económicos la produce y los vicios la irritan.
No crean los optimistas que es un accidente de estos tiempos. Si algo hay accidental es el derecho de manifestarla; pero de todas maneras hambre es la callada, porque no deja de sentirse.
¿Se convencerán alguna vez los bien hallados de que es urgente el remedio para que la enfermedad no sea contagiosa y les inficione a ellos mismos, convertida quizás en otros males más terribles?
Contesten los partidarios de la tradición y de la monarquía.
¿Es posible seguir así?
Díganlo los adoradores del error.

Ramón de Cala
Anuario Republicano Federal (1870)